

21. SIERRA MAESTRA

Una noticia en la prensa local me produjo desasosiego, pocos días después de mi entrevista en la calle I. En ella se decía, en un breve, que un periodista de Paris-Match había llegado a Cuba para informar de la revolución castrista. No daba mi nombre, pero ciertamente esto me situaba en el punto de mira de los organismos de represión batistianos. No me cabía la menor duda de que la filtración procedía del grupo de revolucionarios con los que me había entrevistado por indicación de Chamón. Ni su mujer, ni mis amigos del Hotel Pasajes, me parecían capaces de aquella indiscreción.

A los pocos días, en el hotel, apareció el hombre que me acompañara a la guagua desde la calle I. Se presentó como Luciano pero imagino que era un nombre de guerra. Se tomó unas copas conmigo, mientras yo almorzaba en aquel surrealista decorado del comedor de Estrella, con su enorme cristalera que nos separaba del cielo. Estaba de acuerdo con mi teoría de que la filtración a la prensa procedía de los miembros de su grupo y ello le había decidido a intervenir antes de que se aprobase mi viaje a la Sierra. Su plan consistía en ayudarme personalmente, sin apoyo extraño. Me citó al día siguiente en su casa y me pidió que llevase varias fotos de formato pasaporte. Su mujer viajaría a Santiago llevando algunas y, posteriormente, yo me desplazaría a la capital de Oriente.

Aquel encuentro me levantó la moral. Por fin, las cosas empezaban a moverse. Había acción en el ambiente. Cuanto antes escapase del cerco que, seguramente, se estaba cerrando sobre mí, mejor para todos. Acudí a la cita en casa de Luciano. Era un modesto apartamento donde encontré un hombre nervioso, una mujer de aspecto juvenil y agradable, y unos niños traviesos que interrumpían constantemente nuestra

conversación. Entregué las fotos, di mis características físicas a la mujer y le deseé que regresase pronto de Santiago.

Durante aquellos días, acudí a un chalet del Vedado, donde se habían instalado la gente de Time/Life, los rivales eternos de Paris-Match. Jay Mallin, de Time, era el jefe. No serían menos de una docena de personas entre periodistas, fotógrafos y secretarías bilingües. Aunque conocían la rivalidad entre nuestras publicaciones, me trataban como un “pobre colega” sin medios. Yo, solo en La Habana y sin apoyo logístico, no les parecía un enemigo. Por mi parte la modestia me era de gran utilidad, ya que todos hablaban libremente ante mí. Subir a la Sierra era la meta y ellos llevaban varios intentos acompañados de otros tantos fracasos. Lo último que habían intentado fue enviar a Gordon Parks, un negro fotógrafo-estrella de Life, hombre al que siempre he admirado y que volví a encontrar en Washington, durante la Marcha de 1963. Empezó, como fotógrafo, fabricándose su propia cámara con... ¡una caja de zapatos!

Primer descubrimiento, al escuchar los comentarios de los colegas norteamericanos: todos eran interceptados en el aeropuerto de Santiago por la gente del general Chaviano, que no les dejaba ni a sol ni a sombra hasta que se volvían a La Habana aburridos por el “marcaje”. Invitaciones a juergas, visitas de instalaciones militares, conferencias de prensa anodinas, tuvieron que aguantar durante una semana. Los nombres y direcciones de contactos revolucionarios, aprendidos de memoria, no servían para nada. Quedaban neutralizados. Punto importante para mí: los colegas llegaban en el vuelo directo Habana-Santiago que aterrizaba a las 10 de la mañana. Era el más cómodo y el más caro. El propio Parks, con su chaqueta de apertura central por detrás, y los clásicos zapatos made in usa, fue descubierto pese al color de su piel. Otro detalle: las bolsas de cuero que llevaban los equipos fotográficos denunciaban la profesión del pasajero.

Por fin regresó la mujer de Luciano. Mi foto estaba en manos de su suegra, una aragonesa propietaria del bar Windsor de Santiago. Además, sabía que mi llegada era inminente. Los detalles del encuentro estaban definidos y bastaba seguirlos al pie de la letra.

Estudié detalladamente la operación. Enviaría mi material fotográfico escondido en una caja de doce botellas de rón, como segunda capa. El Catalán me recomendó que lo hiciese con güisqui. «El rón viaja de Este a Oeste», me concretó. El güisqui se desembarcaba en La Habana y circulaba de Oeste a Este. Lo mandaríamos por guagua consignado al

bar Windsor y con la caja marcada con la clave señalada por Luciano. Su madre tenía que apartarla tan pronto llegase para que sus empleados, poco fiables, no la descubriesen. Mi foto le había sido entregada por su nuera y, por mi parte, también tenía una idea de cómo era la madre de Luciano, una aragonesa cuadrada tal y como aparecía en las fotos más recientes que me enseñó su hijo.

Cuando supimos que la caja había llegado sin tropiezos en el autocar que cruzaba toda la isla, me puse en marcha. Tomé el avión más madrugador, uno que llamaban “el Cañero” porque se detenía en todas las ciudades donde había ingenios de azúcar. Era el vuelo de Cubana de Aviación que utilizaban los capataces para regresar después de despachar en la capital con los dueños de las fábricas azucareras. Nadie podía sospechar, entre los hombres del general Chaviano, que un periodista fuese tan tonto como para utilizar la peor combinación de vuelo posible.

Me vestí con una guayabera y me coloqué un “tabaco” (habano) entre los dientes. Con mi mostacho, intencionalmente crecido, pasaba por uno más de los quinientos mil “gallegos” que había en la isla.

En el aeropuerto de Santiago, ni recogí equipaje ni utilicé el servicio de taxis. Con una bolsa de deportes y mi cigarro puro apagado entre los labios, subí a la guagua que llevaba a los pasajeros al centro de la ciudad. Me fijé en el recorrido y en el momento prefijado por Luciano, pedí apearme por haber olvidado algo en el aeropuerto. Esperé a que el vehículo desapareciese de mi vista para buscar la vecina calle del bar Windsor. Entré en el establecimiento. Descubrí enseguida a la aragonesa que se afanaba junto a otros dos camareros. No éramos más de cuatro clientes sentados en la barra.

Después de desayunar, aproveché la falta de clientes en la barra para poner un billete de cinco pesos frente a mí. La mujer me dio la vuelta y con el cambio del billete, en el mismo platito, mezcladas entre las monedas, se encontraban una llave y una nota con una dirección.

Salí del establecimiento y seguí el plano del mensaje hasta llegar a una casa y ascender al piso indicado. Entré en un apartamento compuesto por una única habitación. Una cuerda dividía diagonalmente la estancia y sobre la misma se secaba variedad de ropa. La cama estaba sin hacer. La nota indicaba que debía esperar hasta la noche. Fumar y pasear en tan reducido espacio, apartando unas enormes bragas cada vez que pasaba de un lado a otro de la cortina de ropa tendida, no era precisamente lo idóneo para aguantar diez horas de espera.

Afortunadamente, no tuve que esperar tanto. La aragonesa apareció acompañada por El Rubio, un joven de pelo teñido. Éste era el encargado de acompañarme a una cita con Deborah, previamente organizada.

Un coche negro nos llevó por las bellas calles de Santiago en un recorrido que me pareció excesivamente laberíntico. El chofer estaba intentando despistarme. No dije nada pero, cuando llegamos a nuestro destino, reparé en el nombre de un garaje mecánico situado a pocos metros de la puerta a la que El Rubio, llamó en clave. Unas muchachas nos introdujeron en un salón con luz natural merced a una claraboya, con sillas de rota, una virgen del Cobre en su hornacina con una velita encendida, y una mesa-camilla. Deborah apareció sin maquillaje, el pelo recogido con una goma en cola de caballo y una ropa muy sencilla.

El principal problema para ascender a la Sierra Maestra era la escasez de guías. Tendría que aguardar una semana o más. La resistencia santiaguera se encargaría de esconderme en varias casas para no dar tiempo a levantar sospechas entre los abundantes chivatos de la ciudad. Así tuve oportunidad de conocer a bastantes santiagueros de todo nivel social, ya que me cambiaban de residencia casi a diario. Todo el mundo parecía encantado de colaborar en la lucha contra Batista. Cuando me dejaban solo, escuchaba la radio o veía en CMQ Televisión a Gaspar Pumarejo, un santanderino tan célebre presentador como Constantino Romero en España hoy en día y parecido físicamente a él. También actuaba mucho Amparo Rivelles en los “culebrones” de entonces.

Hay que pensar que en 1956, un año antes, se habían producido las primeras pruebas de televisión en España, pero que en Cuba había varios canales y se introducía el color a la vez que en ee.uu.

Por la radio me enteré de que un grupo de periodistas canadienses había sido reexpedido a La Habana por el general Chaviano. Yo llevaba casi quince días sin ver la calle más que para ir, de noche, de un refugio a otro. El último había sido el de un matrimonio negro, cariñosísimo pero empeñado en convertirme a los Rosacruces de California. Como disponían de una sólo cama, yo llevaba dos noches compartiéndola con la pareja. Otra característica de mis anfitriones era la afición generalizada de todos por la poesía (y por leerle sus composiciones) y el culto a la personalidad de José Martí, héroe nacional.

Me cansé de esperar y abandoné la casa de mis simpáticos masones que, como trabajaban ambos, sólo se enteraron de mi marcha por una nota agradeciendo su hospitalidad. Tomé un taxi y di como dirección

la calle de “mi taller”, el garaje cercano a la casa de Deborah que localicé en la primera visita que hice con El Rubio. Se asustaron mucho las jóvenes que me abrieron la puerta. No acababan de comprender cómo había conseguido llegar hasta allí solo. Inocentes palomas.

Deborah hizo unas cuantas llamadas telefónicas después de que la amenazase con subir a la Sierra por mi cuenta y cruzar la barrera de 12.000 hombres que Batista había colocado como cordón sanitario alrededor de la misma.

—¿Cuánto calza? —me preguntó sin colgar el teléfono.

—Cuarenta y tres —respondí ignorando la relación que podía existir entre mi horma y mi deseo.

—Sale a las cinco de la madrugada. Le llevaremos botas, jerseys y pantalones de faena —me dijo Deborah tras colgar el aparato.

Una de las jóvenes me llevó a casa del Dr. Antonio Busch, un conocido médico de Santiago que andaba huido de la policía batistiana. Su casa, de tipo Levitt, estaba vacía desde hacía muchos meses pero, por precaución, no debía encender luces ni poner televisión con sonido ni orientada de tal modo que se detectasen resplandores en el exterior.

A las cinco de la madrugada yo estaba despierto. Sólo había conseguido cerrar los ojos un par de horas echado en un sofá. Me deslumbraron unos faros dirigidos directamente a los ventanales del salón. Salí al jardín con mi bolsa. En el Land Rover encontré mis cámaras fotográficas, las botas y el resto de equipamiento prometido por Deborah. Mis acompañantes eran tres: el propio Dr. Busch, el guía Napoleón y un mulato que conducía el vehículo.

Nada más salir de la ciudad, nos metimos por la antigua Vía Real construida por los españoles trescientos años antes y abandonada desde que una excelente autopista la sustituyese. Los adoquines hacían incómoda la conducción. En aquellos primeros días de diciembre, los ríos estaban crecidos y tuvimos que pasar una noche durmiendo en el vehículo esperando hasta poder cruzar uno de ellos. Lo hicimos a la mañana siguiente, utilizando sogas de orilla a orilla para impedir que la corriente se llevase el Land Rover. En algunas aldeas, Napoleón tenía que entrar a pie, para comprobar que no había ejército en el lugar. Cerca de Palma Soriano, nos alojamos para pasar la noche en una casa de campesinos acomodados y partidarios de Fidel Castro. Cuando nos acabamos de sentar para cenar, escuchamos el pitido lúgubre de un tren. El dueño de la casa apagó las luces y ordenó a todo el mundo que se tirase al suelo. Pude

ver el paso del tren reflejado en la pared vecina, como si se tratase de una película de los años veinte. De repente, escuchamos voces de hombres y disparos que hicieron volar lo que quedaba de cristales de la casa.

—Prueban sus armas contra el edificio —dijo el guajiro volviendo a encender la luz mientras reanudábamos la cena.

Nada más terminar, nos envolvimos en mantas y, a ras de suelo, empezamos a dormir. Había que partir temprano. Napoleón descansaba en el porche. Nos despertaron voces fuera de la casa. Era un grupo de partidarios del senador Masferrer, conocido “señor de la guerra”, que buscaban a nuestro anfitrión para matarlo. Napoleón consiguió engañarles diciendo que vivía cinco kilómetros más lejos. Los hombres, completamente borrachos, siguieron la dirección indicada y nosotros nos pusimos en marcha Sierra adentro. Unas semanas más tarde, supe que la familia entera había sido masacrada por los masferreristas, incluidos los niños.

Cuando alcanzamos las primeras laderas de la Sierra, nos detuvimos en un conjunto de dos o tres casas de madera que servían de alojamiento y almacén de café. Los guajiros nos recibieron con amabilidad y tras prepararnos unas tacitas del delicioso brebaje, nos hablaron de cómo estaban las cosas por la zona. Mientras, en las caballerizas, se nos habían aprestado varios caballos y mulos porque el Land Rover no podía seguir adelante a partir de aquel punto. Había que trasladar todo lo que llevaba el vehículo a las alforjas de los animales. Es entonces cuando me dí cuenta de que el Dr. Busch llevaba gran cantidad de medicinas e instrumental quirúrgico además de medio millón de dólares estadounidenses, en billetes de pequeña denominación, dentro de una cartera de cuero escondida en su camisa. De ello quiso pagar por el alquiler de los animales, pero el comerciante en café se negó a aceptarlo alegando que el Land Rover quedaba allí en garantía.

Nos despedimos de la docena de guajiros, vendedores y compradores de café, y nos adentramos en la Sierra. A la caída del día alcanzamos un lugar denominado Minas del Frío con un nombre pocas veces tan apropiado. Allí encontramos al primer rebelde uniformado. Estaba convaleciente de una herida en la pierna y le acompañaban dos mujeres. Una era rebelde y la otra una prostituta de Bayamo a la que se le imponía como castigo enseñar a leer y escribir a los niños guajiros de la zona.

Nos costó mucho dormir en nuestras hamacas colgadas en el interior de un barracón por cuyas rendijas entraba silbando un viento glacial.

El tejado de uralita parecía que iba a ser arrastrado a cada golpe de aire. Sólo conseguía dormir gracias a la fatiga de una cabalgata difícil y mi falta de costumbre de montar a caballo.

Todo el día siguiente transcurrió ascendiendo por senderos embarrados, tortuosos y estrechos, en los que había que evitar a cada paso el azote de las ramas en el rostro. Los cafeteros me habían entregado un inmenso cigarro puro, un tabaco de 1,20 metros que querían regalar a Fidel Castro para las cercanas Navidades. Tenía que hacer auténticos equilibrios para que el obsequio llegase a su destinatario sin romperse. Sobresalía de mi mochila como una gruesa antena de radio. Por fin llegamos a unos bohíos donde un grupo de rebeldes nos ayudaron a desmontar y descargar nuestro equipaje. Me dejé caer contra el muro de madera de una de las cabañas. Mi mochila me servía de respaldo.

—¿Enrique Meneses? —me preguntó una voz cercana.

Abrí los ojos y levanté el rostro. Ante mí se encontraba un hombre de 1,85 m que me tendía la mano. Sin esperar respuesta me dijo:

—Me llamo Fidel Castro.

Era la última quincena de diciembre de 1957 y había llegado a la Comandancia. La componían unos veinticinco hombres en constante movimiento de un lado a otro de la Sierra. Cerca del río Yara, en un valle, Ernesto Ché Guevara había establecido su campamento en un puñado de casas de madera acompañado de unas docenas de rebeldes que lo veneraban. Su asma le impedía largas caminatas y su espíritu de Robinsón Crusoe le había empujado a crear una panadería, un taller de reparación de armas y otro de confección de uniformes, un hospital de campaña y un “Club de prensa extranjera” que montó para mí cuando le visité.

Fidel, por su lado, dormía cada noche en un lugar diferente por temor a ser traicionado, ya que, meses antes de mi llegada, había padecido un bombardeo horas después de que uno de sus enlaces saliese de la Sierra. Era extraña la coincidencia reiterada varias veces. Lo normal era pensar que el mensajero denunciaba la posición del jefe rebelde. Cuando regresó el emisario, Raúl Castro y Ramiro Valdés le registraron y se le encontró un salvoconducto firmado por el propio general Chaviano. Fue juzgado por los rebeldes y ejecutado. De ahí que la pistola de Fidel llevase las iniciales del ajusticiado al que había pertenecido, lbm y que Fidel cambiase diariamente de lugar de acampada.

A ambos lados de la columna de la Comandancia, se desplazaban otras dos mandadas, respectivamente, por Raúl Castro y Ramiro Valdés. Años

más tarde, el primero sería ministro de Defensa y el segundo jefe del g-2 o Servicio Secreto.

Finalmente, en las lindes de la Sierra con el llano, se movían los escopeteros de Larita, que equipados con armas de caza realizaban operaciones de sorpresa, incluido el asalto a un tren que se dirigía a Bayamo. En total, había en la Sierra Maestra algo más de un centenar de rebeldes sobre un territorio de 2.400 km² y una población de 50.000 guajiros. El ejército de Batista se adentraba rara vez en la enmarañada sierra donde los habitantes les despistaban con sus informaciones o robaban la munición que se les pedía cargar a sus espaldas o a lomo de mula. Algunas ejecuciones de guajiros habían predisuesto a la población contra los batistianos. Crescencio Pérez, patriarca casado con tres hermanas a la vez, había apoyado a Castro desde el desastroso desembarco del Gramma, el 2 de diciembre de 1956, del que sólo hubo doce supervivientes. Dos hijos de este energúmeno, formaban parte de la Comandancia.

El primer problema que me encontré en Sierra Maestra fue el del rocío que, como lluvia tropical, caía durante la noche. Los rebeldes colgaban sus hamacas entre dos árboles y, sobre una cuerda tensa entre los mismos, extendían un plástico transparente que les protegía del agua. Yo carecía de uno y Fidel me ofreció colocar mi hamaca por debajo de la suya para aprovechar ambos el mismo plástico. Su estatura le facilitaba el acceso a su hamaca. El problema es que me mantenía despierto hasta horas tardías preguntándome insaciable cosas sobre la revolución nasserista y sus logros o fracasos. Reventado por falta de costumbre de caminar diez horas seguidas, me costaba mantenerme despierto y responder a su interrogatorio. Otro problema que se me presentaba era el dolor reumático que la gran humedad reinante en la selva me producía en las rodillas, especialmente cuando descendíamos laderas. El Dr. Martínez Páez, célebre especialista de huesos y aficionado al ballet, me aliviaba de vez en cuando con unas inyecciones. Era una suerte que formase parte de la Comandancia.

A los pocos días de mi llegada a la Sierra, nos enteramos por la radio (los transistores se habían popularizado en la guerrilla) de que el Dr. Busch, Napoleón, el mulato que conducía y Armando Hart habían sido reconocidos y detenidos en la estación de Bayamo.

En cierta ocasión, conocí al Padre Sardiñas, un cura de Pinar del Río que se marchó a la Sierra después de clavar un puñal en la puerta de su iglesia sujetando un mensaje en el que explicaba a sus feligreses

que él era más útil junto a Fidel Castro que con ellos. Pero al encontrarse con una población guajira que no sabía de sacramentos ni de escuelas y cuya única ley era la del Colt de Crescencio Pérez, abandonó las columnas rebeldes para bautizar, dar primeras comuniones y casar en masa. Como los festejos se celebraban asando un lechón y bebiendo “ron del culo” (rón casero), el bueno del padre Sardiñas empezó a engordar de forma alarmante. Cuando apareció en el campamento de Fidel, también estaba presente Ché Guevara. Decidieron gastar una broma.

—Padre, me he enterado que el día de Navidad ha disparado cinco tiros al aire gritando: «¡Viva Cristo Rey!» Eso es intolerable —lanzó Castro con cara de enfado.

—Es que... no tenía... no tenía campanas —balbuceó el cura.

—¡Pero no estamos para desperdiciar munición!

No pudimos contener la risa viendo el rostro compungido del Padre Sardiñas. Parecía un niño sorprendido en medio de una travesura. Acabó uniéndose a nosotros en el coro de carcajadas.

A finales de enero, decidí volver a La Habana para expedir mi reportaje a París. Tenía bastante película expuesta y notas para escribir cuarenta o cincuenta folios.

Fui acompañado por un hijo de Crescencio Pérez, Titín, hasta una finca situada en tierra de nadie. Allí, me dí un baño de agua caliente, me afeité y recibí ropa menos sospechosa que la que traía de las montañas. Al día siguiente me llevaron en Jeep al aeropuerto de Manzanillo, un pequeño aeródromo con pista de tierra apisonada. En el vehículo fuimos varios y una de las chicas se puso un velo de tul y cargó con un ramo de flores como si regresásemos de una boda. Nos cruzamos con una patrulla a la que saludamos ruidosamente con una botella de rón en la mano. Respondieron amablemente.

En La Habana Vieja tenía que encontrarme con una prostituta llamada Clara. Ella me alojaría aquella noche hasta que la resistencia del Movimiento 26 de Julio, la rama política del fidelismo, viniese a hacerse cargo de mí. Me puse al día de lo que pasaba en el mundo leyendo unos cuantos ejemplares atrasados de Bohemia mientras ella se dedicaba a “sus labores”. Luego dormí como un tronco, en una cama de verdad, ignorante de lo que se hacía en la estancia vecina. La puta no era fea y, como sucede con frecuencia, tenía más corazón que entrepierna. Preparó una cena excelente y puso sábanas limpias en mi cama.

A lo largo de mi vida, he tenido y tengo un gran respeto por las prostitutas. Nunca fuí un buen cliente pero creo que procuré ser un buen amigo. Si aprendí la sexualidad con ellas, supe también de ellas su capacidad de entrega. Pocas son las que se lanzan en esa vida por vicio. Hay desamores, niños que educar, descuido de una misma —lo que simboliza desprendimiento y amor al prójimo— detrás de cada una de sus vidas. Adelita, de Salamanca, está siempre en mi mente como prototipo. De ésta habanera no recuerdo nada salvo que me cobijó y me dió de comer cuando lo necesitaba. Ayudaba a la revolución, sabiendo que se jugaba la vida, sin pedir nada a cambio. Me besó cuando nos separamos a la mañana siguiente, antes de subir al automóvil que me había venido a buscar. «¡Que la Virgen del Cobre te proteja!» Fue uno de los besos más limpios que han rozado mis labios.

Mi siguiente parada fue en casa del ingeniero Agustín Capó, un hombre que podía haber protagonizado una novela de García Márquez. Potente físico, rápido en reflejos, inteligente, voluntarioso, entregado, diletante, era un ejemplar raro en la Cuba de 1958. Aficionado de lujo a la fotografía, fue en el laboratorio de su casa donde revelé los rollos traídos de la Sierra. No hubo problemas, ya que en aquella época, la mayoría de nuestras fotos eran en blanco y negro. Los rollos de color fueron revelados en un laboratorio profesional por un empleado colaborador de Faustino Pérez, el jefe de la Resistencia.

A Faustino y su ayudanta, los acababa de conocer en casa de Beba Mendoza, una acaudalada cubana con magnífica residencia en Miramar. Allí tuve que dar una charla a una serie de encopetadas señoras y sus maridos, narrando lo que era la vida en la Sierra Maestra. Les entregué una serie de sobres de prisioneros batistianos para que los hiciesen llegar a sus familias. Dentro de cada uno, Celia había introducido, delante de mí, pero sin que se enterase el prisionero, un billete de cien pesos.

—El drama de las familias es que mientras no sepa el gobierno si están presos o son desertores, no pagan su sueldo a las esposas. Con esto pueden aguantar —me decía Celia, «el ángel de la Sierra», la primera mujer que había ascendido de joven, junto a su padre médico, los 1.972 metros del Pico Turquino, el punto más alto de Cuba.

Cuando Capó y yo regresábamos a su casa después de mi charla de Miramar, me confesó que casi todo mi auditorio, menos Pérez y algunos más, eran revolucionarios de 7 a 9.

